

No hay nada malo en ser diferente: notas sobre la psicología crítica de Gustav Ichheiser

*Eduardo Crespo**

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

La obra de Gustav Ichheiser ha tenido muy escaso eco en el posterior desarrollo de la psicología social. La recuperación hoy en día de su obra no es solo un acto de justicia sino un aporte a la comprensión del momento presente. Sus ideas sobre la epistemología, por la deconstrucción de la obviedad y por la concepción de los estereotipos constituyen un punto de vista original que permite caracterizar la obra de Ichheiser como una psicología social crítica. Su trabajo se sitúa en un momento clave de la psicología europea, marcado por una reflexión de corte fenomenológico. Su propia vida, marcada por el exilio, encarna, en cierto modo, el drama y la paradoja de una mirada crítica, que cuestiona la obviedad y la incuestionabilidad del sentido común.

Palabras clave: Ichheiser, percepción social, estereotipos, epistemología, fenomenología.

Abstract

The work of Gustav Ichheiser has had very limited impact on the subsequent development of social psychology. The recovery of his work is not only an act of justice but a contribution to the understanding of the present time. His ideas about epistemology, the deconstruction of the obvious and the concept of stereotypes present an original point of view that characterizes the work of Ichheiser as a critical social psychology. His work is at a key moment in European psychology, marked by a phenomenological reflection. His own life, marked by exile, embodies, in a way, the drama and the paradox of a critical perspective that questions the obviousness and the unquestionability of common sense.

Keywords: Ichheiser, social perception, stereotypes, epistemology, phenomenology.

El arte no reproduce lo visible, lo hace visible
Paul Klee

* Correspondencia: Fac. CC. Políticas y Sociología. Universidad Complutense de Madrid. Campus de Somosaguas. 280223 Pozuelo de Alarcón. Madrid, España. E-mail: <ecrespo@cps.ucm.es>.

El pensamiento crítico, al igual que el arte para Paul Klee, no pretende reproducir la realidad, sino analizarla y hacer visible aquello que nos resulta inaprensible e invisible. Esta es una idea central en la obra del psicólogo social Gustav Ichheiser (1897-1969), autor de sugerentes y originales análisis sobre la percepción social y las relaciones interpersonales, quien, a pesar de ser reconocido en su valía por autores como Heider (1958) o Goffman (1971), ha tenido sin embargo muy escasa presencia –impacto se diría hoy– en la psicología social. Como dijo Marie Jahoda, en referencia a la difusión de la obra de nuestro autor, «la difusión de las ideas depende de algo más que de su calidad» (Jahoda, 1983, p.344).

El interés actual de la obra de Ichheiser no es solo una cuestión de recuperación de la historia y la memoria, que ya sería suficiente para editarlo. Algunas de sus propuestas son muy oportunas hoy en día, ya que existe, a mi entender, una imperiosa necesidad de introducir puntos de vista diferentes, no convencionales, en un campo como es la psicología, que, siendo un saber exitoso, con notable recepción social, está amenazado, sin embargo, por la banalización, como se pone de manifiesto en el progresivo desplazamiento de la psicología científica por la literatura de la autoayuda, fundamentada habitualmente en un conjunto de obviedades pseudocientíficas. El avance en el conocimiento científico, así como en la intervención social científicamente avalada, no consiste siempre en la aportación de nuevos datos, sino en la introducción de una nueva perspectiva y una nueva visión o visibilidad, tema central en la obra de Ichheiser.

El interés por la perspectiva y la visibilidad está muy vinculado al ambiente intelectual en el que se forma Ichheiser, que es el de la fenomenología centroeuropea, marcada por la distinción kantiana entre el noumenon y el fenómeno, lo que supuso, como el propio Kant señaló, un giro copernicano en el estudio del conocimiento: el problema no está tanto en el objeto del conocimiento, sino en el sujeto que conoce. La subjetividad y la perspectiva se sitúan en el centro mismo de la epistemología. Este perspectivismo ha tenido una gran importancia en la fundamentación de una psicología no positivista e Ichheiser constituye un buen ejemplo de ello.

UNA VIDA DIFÍCIL Y SINGULAR: LA INCORRECCIÓN Y LA NEUROSIS POLÍTICA

Para saber desde dónde habla un autor es conveniente partir de algunos datos biográficos y eso es especialmente necesario en el caso de Ichheiser, para poder entender algunas de sus explicaciones, así como el destino de su obra.

Gustav Ichheiser nació en Cracovia, que en la época formaba parte del Imperio Austro-Húngaro, el 25 de diciembre de 1897, en el seno de una familia judía. Esta condición de judío marcará profundamente su vida; primero como motivo de la persecución nazi y determinante del exilio, pero también como un tema de reflexión. Según

refieren Rudmin *et al.* (1987),¹ Ichheiser participó durante tres años en la I Guerra Mundial, como soldado del ejército austriaco. Al final de la misma, en 1918, entra en la Facultad de Derecho de la Universidad de Viena, y a partir de 1920 se dedica a la psicología, obteniendo el doctorado en 1924, con Karl Bühler como director de tesis. La tesis –no publicada– fue sobre «La materia de la estética» (*Gegenstand der Aesthetik*). Con posterioridad trabajó en el Centro de Orientación Vocacional de la ciudad de Viena, colaborando con él Marie Jahoda, que entonces era una joven estudiante y que algo después realizaría con Paul Lazarsfeld el famoso estudio sobre los parados de Marienthal (Lazarsfeld, Jahoda y Zeisel, 1996 [1933]). Ichheiser tuvo que huir de Austria, como consecuencia de la ocupación nazi (*Anschluss*) en 1938. No es difícil imaginar lo que el exilio supuso para Ichheiser, una persona culta y refinada que se ve obligada a huir de su país y a buscarse la vida en condiciones de precariedad. No fue –ni es– el único, pero en su caso hay algunos hechos que marcaron su destino. Rudmin, Trimpop, Kryl y Boski (1987) relatan que, a su paso por Londres, después de haber huido a Suiza y antes de irse definitivamente a los Estados Unidos, Ichheiser perdió sus notas de trabajo. Cabe imaginar lo que supone, para un intelectual, perder las notas de trabajo; en cierto modo, es como perder parte de la identidad. En la situación de tensión y sufrimiento que padecía no es de extrañar que una persona de carácter difícil y suspicaz, como lo caracterizan sus conocidos, tuviese un comportamiento raro. Marie Jahoda, también exiliada, escribió en la época: «Lo encontré de nuevo en su breve estancia en Inglaterra antes del estallido de la guerra y lo encontré psicológicamente turbado y trastornado. No creo que sea una exageración decir que tenía una veta paranoide» (cita en Rudmin *et al.*, 1987, p.169). Un poco más tarde, en 1945, en una carta a Louis Wirth, el propio Ichheiser decía: «He estado fuertemente trastornado, durante los últimos 15 años, por los dilemas ideológicos de nuestra época y estos conflictos han afectado profundamente mi interna vida moral. Soy una víctima de un tipo de ‘neurosis política’» (*ibid.*). Este contraste entre una explicación psicológico-clínica (la veta paranoide a la que se refería Marie Jahoda) desde la perspectiva del observador y una explicación psicológico-social (neurosis política), desde el punto de vista del sujeto, como resultante de la situación a la que se enfrenta, es un buen ejemplo de lo que el propio Ichheiser estudió: la importancia de la perspectiva en la percepción social y en la estructuración del comportamiento.

Una referencia interesante, para comprender el modo de ser y de pensar de Gustav Ichheiser nos lo da quien, al parecer, fue su esposa en un breve periodo de tiempo,²

1. Los datos biográficos sobre Ichheiser están tomados, en gran medida, de Rudmin *et al.* (1987), quienes han hecho un espléndido trabajo de indagación en los archivos de la Universidad de Chicago.
2. Los editores de la obra póstuma de Edith Weisskopf-Joelson (1988) en la reseña biográfica de la autora señalan que estuvo casada con Ichheiser de 1941 a 1943. Ella, sin embargo, habla de él como «un buen conocido».

Edith Weisskopf-Joelson, psicóloga austriaca, judía exiliada como el propio Ichheiser, a quien conoció en Chicago. Nada mejor que sus propias palabras para expresar una idea cercana de la personalidad de Ichheiser:

Por esa época encontré a un hombre poco común llamado Gustav Ichheiser (...) Sus conversaciones conmigo estuvieron dirigidas casi exclusivamente a abrirme los ojos. Antes de encontrarle consideraba que lo que los científicos sociales escribían era verdad y que yo era buena si lo entendía y lo creía. Pero Gustav enfatizaba que los científicos sociales son un grupo de personas con historiales comunes y, por tanto, con puntos de vista comunes. Y muchas de las llamadas verdades que yo enseñaba a mis alumnos eran prejuicios comunes a los científicos sociales que vivían más en las ciudades que en el campo, que mayoritariamente eran blancos y no negros, que mayoritariamente eran hombres y no mujeres y, sobre todo, que habían sido bien tratados por el orden social existente.

Te diré ahora de qué modo Gustav Ichheiser me abrió los ojos. En primer lugar, me cambió de lectora pasiva en lectora activa/.../ En segundo lugar, Gustav Ichheiser desató un apasionado antagonismo dentro de mí. Lo que decía era, con frecuencia, petulante y arrogante. Entonces, otra finalidad se añadió a mi trabajo: probar que muchas de sus afirmaciones eran falsas (Weisskopf-Joelson, 1988, pp. 31-32).

Ichheiser se forma en un ambiente intelectual rico y complejo, como es el de la Viena de principios del siglo xx, muy marcado por la filosofía fenomenológica y la psicología gestaltista. En este sentido Ichheiser forma parte del grupo de intelectuales que van a renovar las ciencias sociales modernas y, en especial, la psicología social: personas con una formación filosófica amplia, en la tradición germánica del pensamiento fenomenológico y que son recibidos en un país, los Estados Unidos, con una tradición pragmática. La hibridación resultante se ha traducido en uno de los logros más interesantes de la segunda mitad del siglo xx. Las obras de Lewin, Heider, Schutz, Arendt y otros muchos son buena prueba de ello. La mayoría tuvieron un amplio reconocimiento académico, siendo Lewin, probablemente, el prototipo. Gustav Ichheiser, sin embargo, no logró —o no quiso— adaptarse; su vida fue dura y su obra tuvo muy escaso reconocimiento.

A diferencia de otros psicólogos refugiados que lograron prosperar en distintas universidades norteamericanas,³ Ichheiser tuvo un destino diferente. No le faltaron apoyos y fue acogido en la Universidad de Chicago, pero el acomodo entre su estilo

3. La APA (American Psychological Association) constituyó un Committee on Displaced Foreign Psychologists para dar acogida a los exiliados centroeuropeos.

personal y las demandas del sistema no fue posible. Diversas fuentes señalan que el carácter de Ichheiser no debía ser fácil. Su vida tampoco lo fue. Desde su llegada a los Estados Unidos, entre 1940 y 1951, año en que fue internado en el Hospital Estatal de Peoria (Illinois), llevó una vida de precariedad laboral y, aunque publicó distintos trabajos, no logró una estabilidad laboral ni un reconocimiento profesional. En una carta a Louis Wirth, uno de sus apoyos en la Universidad de Chicago, fechada en 1950, dice: «Estoy seguro que comprenderá que un hombre de mi edad y mi experiencia no puede vivir en un permanente estado de inseguridad» (cit. en Rudmin *et al.*, 1987, p.168). Nada puede ser más expresivo...ni actual.

Ichheiser estuvo internado 11 años con el diagnóstico de «esquizofrenia paranoide», diagnóstico que él no aceptó. Durante su internamiento publicó un artículo sobre Freud (Ichheiser, 1960). Fue dado de alta en 1963, a raíz de un proceso de reforma psiquiátrica orientado al tratamiento domiciliario. Es muy interesante lo que escribió en un manuscrito, no publicado, en 1966:

Después de recibir mi primera paga mensual, milagrosamente y de golpe, me ‘recuperé’ de mi incurable «esquizofrenia de tipo paranoide». En mi alta médica se decía que se me consideraba ‘absolutamente rehabilitado desde esta fecha como [persona] competente y sin psicosis’. Cuando estaba diciendo adiós al jefe de trabajo social, me dijo ‘Ha estado usted aquí perdiendo muchos años de su vida...’. Siento no haber estado suficientemente alerta para responderle ‘¿Es que usted o algún otro han hecho algo durante tantos años para ayudarme a NO haberlos perdido...?’ (cit. en Rudmin *et al.*, 1987, p.168)

Ichheiser falleció en soledad a finales de 1969, cuando se estaba preparando la edición de *Appearances and Realities*, publicado en 1970, donde se recogen muchos de sus trabajos anteriores. Everett Hughes, que redactó la nota del editor, aplica la propia perspectiva de Ichheiser:

Con frecuencia [Ichheiser] especuló sobre lo que ocurre cuando conocemos en persona al autor de un gran libro. Uno tiene la imagen de un hombre que se mueve en el nivel heroico de su elevado pensamiento, y de pronto este gran autor se convierte en un hombrecillo que vive en una habitación destartalada, al que se le cae la ceniza del cigarro en las solapas y que dice banalidades. Gustav Ichheiser fue, ciertamente, un hombrecillo en una habitación destartalada, pero nunca dijo banalidades. Fue siempre –en su habla y en su escritura– una persona de carácter, pagando a veces por ello. Muchas personas, sin duda, consideraron intolerable su agudeza y su franqueza y de este modo se perdieron su inmensa genialidad (Ichheiser, 1970, nota del editor, p. XII)

LA CEGUERA ANTE LO OBVIO: LA PERCEPCIÓN SOCIAL ENTRE LO VISIBLE Y LO INVISIBLE

El punto de partida de la psicología social de Ichheiser es una teoría sobre la percepción de corte fenomenológico. Como es sabido, la fenomenología ha sido cuestionada por su subjetivismo idealista que, al acentuar la dicotomía, mundo-conciencia, hacía pivotar sobre esta última –que, para Husserl es conciencia trascendental– toda relación de conocimiento. A nuestro entender, la psicología social de inspiración fenomenológica, en especial Gustav Ichheiser y Alfred Schutz, evitan ese idealismo solipsista fundando su análisis en la interacción comunicativa y la percepción social. De ahí que haya una cercanía intelectual y teórica con el interaccionismo que, en el caso de Schutz, es explícita, pero que tampoco es ajena a Ichheiser, quien conoce –y menciona como referentes– a Mead y a Cooley.

En su última obra define así su relación con la fenomenología:

La principal contribución de la fenomenología a mi pensamiento (y tengo en mente no sólo a Husserl y los que fueron influidos por él, sino también a Bergson) es el énfasis que da a la importancia de analizar la experiencia inmediata de modo que no nos perdamos en abstracciones secundarias que, de hecho, ocultan a nuestra plena comprensión la naturaleza de ciertos hechos básicos de la vida; a ello se debe, igualmente, la urgente tarea de redescubrir los hechos ‘obvios’ a los cuales estamos ciegos, con frecuencia, precisamente por ser tan obvios (Ichheiser, 1970, pp. 3-4)

Esta posición podemos considerarla muy cercana a la que posteriormente desarrollaría Paul Ricoeur, quien señala:

En mi opinión, el nivel propiamente fenomenológico de un análisis está determinado por una decisión inicial que constituye el campo fenomenológico como tal, mediante un acto filosófico inaugural; la reducción no es totalmente una sustracción de realidad, como parece dejarnos creer la metáfora del paréntesis, sino un cambio de signos que afecta a toda la realidad, la cual se convierte de cosa –absoluta y en sí– en sentido relativo y para mí. (Ricoeur, 1981, p.19-20)

Ichheiser matizaría simplemente, a la afirmación de Ricoeur, que no se trata de sentido «para mí», sino sentido para «nosotros» o sentido socialmente situado. Es por ello que la estructuración fenomenológica de la percepción la va a caracterizar como ideología cotidiana.

El análisis de la percepción parte de la consideración de que nuestra experiencia del mundo es no problemática, ya que la realidad se nos presenta con el carácter de inmediatez

y evidencia. Esta característica de la experiencia cotidiana e ingenua es la que fue caracterizada por Husserl –y después, por Alfred Schutz (1993)– como *actitud natural*. La actitud natural en el mundo de la vida es la que da por descontado un mundo intersubjetivo no problemático, caracterizada por el supuesto implícito de que se percibe a los demás de un modo objetivo, como un hecho no problemático (Ichheiser, 1949a, p.18).

Sin embargo, el mundo que percibimos no es el mismo para todos. Este es el fundamento de la incompreensión y el malentendido. La percepción de la realidad que se nos presenta como no problemática es, en realidad, un complejo proceso. Percibir supone interpretar, aun cuando esta interpretación no sea consciente. La psicología fenomenológica pone justamente en cuestión lo que nadie cuestiona; introduce la sospecha de un proceso interpretativo y social en lo que el sujeto cotidiano considera como directo y autoevidente. No es de extrañar, por tanto, que la actitud analítica de la fenomenología tenga una cierta similitud con la paranoia: se introduce una sospecha allí donde nadie lo hace, en la obviedad con que la realidad se nos presenta. Ichheiser dirá más, fruto de su propia experiencia: «puede ser considerado paranoico quien no participe de la paranoia colectiva» (Ichheiser 1949a, p. 25).

Es por esto que el punto de partida de toda psicología y sociología fenomenológica sea una propuesta sobre la percepción social: las relaciones interpersonales, las relaciones grupales e incluso internacionales están mediadas y determinadas por las percepciones de la acción ajena y propia.⁴ El proceso perceptivo que interesa a Ichheiser es social, tanto por fundamentarse en estructuras de sentido, que son sociales y culturales, como por centrar el análisis en la percepción del otro, en la imagen del otro.

LA IMAGEN DEL OTRO

En el estudio de la percepción del otro, Ichheiser (1949a) considera que conviene distinguir dos sentidos diferentes del término *expresión*: la conducta como expresión de algo interno por parte de la persona percibida y la conducta como imagen o expresión del otro para el perceptor. Por ello, restringe el término *expresión* a la relación entre una tendencia interna y sus manifestaciones públicas, vista desde dentro, desde el punto de vista del actor y denomina *impresión* al significado desde fuera, desde el punto de vista del observador. Tanto expresión (del actor) como impresión (del perceptor) están determinadas por factores socioculturales. El ámbito de la psicología social, para Ichheiser, es el de la impresión, que es el territorio de la percepción social.⁵

4. Este será el punto de partida del texto de Fritz Heider (1958), considerado como la obra fundacional de la teoría de la atribución causal.

5. Erving Goffman, de hecho, se referirá a esta distinción de Ichheiser entre expresión e impresión al inicio de su libro *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (Goffman, 1971).

En la psicología ingenua o cotidiana se da por descontado que expresión e impresión coinciden. Los malentendidos son, precisamente, consecuencia de los desajustes entre ellas. Este desajuste se hace consciente como error o decepción. Esta crisis en la relación se convierte en desencadenante de la conciencia explícita: creíamos que la realidad era de otra manera, pero el hecho de que las cosas no sucedan como se esperaba —que nuestra impresión no corresponda con la expresión— nos hace conscientes de la compleja estructuración social de la relación y la comunicación. La crisis de la obviedad es productora de conocimiento reflexivo. Esta será una característica central del pensamiento crítico de corte fenomenológico: cuestionar e indagar en la estructuración social de la obviedad, ya que nada se resiste más persistentemente al análisis que aquello que damos como obvio y no problemático.

Aunque analíticamente convenga distinguir entre expresión e impresión, existe, sin embargo, una relación entre ambas, entre cómo somos y cómo nos perciben los demás. Ichheiser recurre en este punto a la psicología interaccionista de Mead (1934) y Cooley (1926) para explicar esa relación entre actitudes e identidad, entre cómo nos ven (actitudes) y cómo nos vemos (identidad). En su opinión, sin embargo, estos autores no habrían explicado suficientemente *cómo* funcionan estos procesos, dándolos por hechos. Eso exige ahondar en el estudio del proceso de percepción social y en la interpretación o malentendido de la imagen del otro.

Un tema que surge de su análisis de la percepción social es el de la ceguera ante la obviedad. Esta es una cuestión muy importante, que también desarrollará después Alfred Schutz (2003), al hablar de la posición del extranjero. Para no percibir algo no es necesario que esté oculto, puede que esté delante de nosotros y no lo veamos, porque de puro evidente lo damos por descontado, es decir, tendemos a dar carácter de realidad a la situación tal como nos aparece con nuestros esquemas perceptivos. Como ocurre en el relato de Edgar Allan Poe, *La carta robada*, o el clásico del cine *Charada*, con frecuencia no vemos lo que está ante nuestros ojos, por mucho que lo busquemos, porque lo estamos buscando bajo otra forma, con esquemas perceptivos inadecuados.

LA VISIBILIDAD, LA COERCIÓN Y EL PODER

Desde la posición del sujeto cotidiano, que podemos caracterizar como realismo ingenuo, tendemos a identificar la realidad con lo que es perceptivamente accesible. Ichheiser hace a este respecto un análisis interesante sobre el carácter social de esta dinámica. Caracteriza como público a aquello que es accesible perceptivamente y privado a lo que no lo es, existiendo un gradiente entre ambos: qué es accesible a quién en qué circunstancias no es una cuestión puramente de presencia o ausencia, sino también de control social. En una posición similar, en cierto modo, a la que

Bajtín mantiene sobre el freudismo (Bajtín, 1976, 1993), Ichheiser cuestiona la idea de inconsciente freudiano: «Mientras Freud y sus seguidores apuntaban al desconocimiento de nuestros procesos inconscientes, el enfoque fenomenológico mantiene que no somos suficientemente conscientes del mundo de nuestra experiencia psicológica inmediata/.../ Podemos ser conscientes del mismo contenido psicológico de muchos *modos* diferentes» (Ichheiser 1970, p.141; énfasis original)

Especialmente interesante es su análisis sobre la relación entre la visibilidad y la coerción social y el poder. Ichheiser (1970) precisa que habla de visibilidad como prototipo o arquetipo de la perceptibilidad; se trata de la accesibilidad perceptiva: el poder social se ejerce manteniendo no accesibles las causas y razones de una acción o situación.

Ichheiser considera que cualquier situación social implica normas y reglas de funcionamiento y, por tanto, ejercicio de coerción y poder. Sin embargo, no todas las personas están en la misma posición de poder ni son igualmente víctimas de la injusticia. La visibilización del carácter coercitivo de las regulaciones sociales que mantienen el orden establecido depende de la posibilidad de cuestionar la obviedad que las mantiene. Ichheiser pone como ejemplo la actuación del presidente Truman quien, al parecer, había ridiculizado como insensidos las marchas de los negros contra la discriminación, pero «de hecho, estas manifestaciones no fueron en absoluto carentes de sentido, sino que cumplieron una buena y efectiva función al hacer visibles ciertos hechos invisibles en las relaciones raciales» (Ichheiser, 1970, p. 205). El movimiento de los derechos civiles, posteriormente, le daría toda la razón en la importancia política de visibilizar lo que se daba por descontado y no problemático.

Un factor de la invisibilización de la coerción estriba en su funcionamiento indirecto, a través de símbolos cargados de valor y no mediante órdenes o exigencias explícitas. Uno de los símbolos/valor más importante es el dinero: «El fluido funcionamiento del sistema de poder de la sociedad capitalista está sociopsicológicamente asegurado en tanto que sus miembros continúen reaccionando a los símbolos-dinero en la forma prescrita y esperada.» (Ichheiser, 1970, p.206)

El control y el poder dependen de las diferencias en la posición del sujeto (privilegiado, víctima o mero espectador) y en la capacidad de visibilizar la eventual injusticia de la situación. El éxito político-moral de un grupo privilegiado y opresor depende, en gran medida, de la invisibilización de los mecanismos de coerción: «la trágica situación de las víctimas de una invisible coerción (y otras similares amenazas y presiones) consiste justamente en el hecho de que aquello que sufren es *visible solo desde su punto de vista*» (*ibid*, p. 208). Esta situación se extrema cuando las propias víctimas no perciben el carácter coercitivo de la situación que viven.

Ichheiser que, como veremos más adelante, considera que la manifestación pública de la felicidad –y la sonrisa, como muestra de la misma– puede considerar-

se como un hecho ideológico, cree que un primer paso en el proceso de liberación psicosocial de la injusticia que sufren las víctimas consiste en dejar de esconder el resentimiento detrás de la sonrisa, cuando «ya no se sienten constreñidos a mantener la apariencia de que son felices respecto a su situación general, cuando ‘dejan de sonreír’» (*ibid.*, p.210).

La invisibilización de la coerción que sufren las víctimas de situaciones injustas aumenta el sufrimiento provocado por dichas situaciones, ya que las cadenas de la opresión se hacen intangibles, no se hace posible identificar a los responsables y, aún más, se hace imposible comunicar las causas del sufrimiento.

La invisibilización de la coerción es, como sabemos, una característica fundamental en la comprensión del acoso y la violencia de género. Ichheiser (1949a) ya lo avanzó en su día y lo aplicó, también, a la enfermedad mental: mientras que las causas y síntomas de las enfermedades físicas son visibles y, por tanto, permiten a los enfermos identificarse como tales y ser tratados en consecuencia, como víctimas, las personas que padecen trastornos psicológicos no lo suelen ser de igual modo.

LOS ESTEREOTIPOS Y LOS PREJUICIOS

Un caso particular de la percepción social de los otros hace referencia a los estereotipos y prejuicios, términos que Ichheiser hace equivalentes. En las ciencias sociales habitualmente se han considerado los estereotipos y prejuicios como déficits o carencias, bien personales o grupales, como alteración del juicio que hacemos de otras personas, pertenecientes a grupos diferentes al nuestro. Los estereotipos y prejuicios son, pues, una característica de ciertas personas –estereotipadas o prejuiciadas– que mantienen una conducta desviada. Ichheiser, por el contrario, considera que «tenemos a percibir y evaluar a los demás no como individuos, sino como especímenes de un tipo social» (Ichheiser, 1949a, p. 33). Los estereotipos y prejuicios responden, por tanto, a un hecho fundamental de la vida social: la variabilidad y diferencia entre grupos, ideologías y culturas:

La actual teoría de los prejuicios se basa en una serie de presupuestos que, si se hacen explícitos, se muestran obviamente falsos. Son aceptados solo porque no se hacen explícitos. La cuestión principal en las tensiones inter-raciales e interculturales no es que la gente sea prejuiciosa, sino que son diferentes en muchos aspectos y por razones muy variadas. Las concepciones estereotipadas que los miembros de diferentes grupos tienen entre sí son parte esencial del hecho de ser diferentes. No los prejuicios, sino las diferencias, es lo que está en el fondo de las tensiones, dilemas y dificultades de las relaciones entre grupos. Lo demás es secundario. (Ichheiser 1948, p. 451).

El mecanismo de clasificación es el siguiente: en un primer paso, se caracteriza a un individuo como miembro de un grupo, en un segundo paso se le atribuyen las características del grupo social en el que se categoriza y, en función de tal, se le evalúa. Resulta sorprendente la similitud con el proceso de categorización social propuesto, años después, por Henri Tajfel (1969, 1975, 1978). En realidad, ambos se nutren del mismo pensamiento fenomenológico y gestaltista que, en el caso de Ichheiser –más cercano a Mannheim y Simmel–, es más sociológico que en Tajfel –más cercano a los modelos psicológicos gestaltistas de asimilación y contraste–. Ambos, Ichheiser y Tajfel, son judíos que han experimentado en su propia existencia la persecución nazi y ambos están preocupados por aportar su conocimiento al asentamiento de la paz y la concordia. Sin embargo –y curiosamente–, quien hace una explícita adscripción a la fenomenología (Ichheiser) es quien es menos subjetivista y, en la línea de lo que mucho después plantearán los estudios culturales, sitúa el centro del problema en la existencia de diferencias objetivas (sociales y culturales) y no en la psicología (estereotipada) de los sujetos.

La existencia de estereotipos, fundados en las diferencias de posición del sujeto, tiene una obvia incidencia en las relaciones sociales a todos los niveles, interpersonales, étnicas e internacionales. En este sentido, Ichheiser hace un análisis igualmente lúcido: el problema no es que no nos entendamos –eso es normal, entre personas con posiciones e intereses diferentes–; el problema más serio es que *no entendemos que no nos entendemos*. Justamente, por el predominio de una ideología del (falso) consenso se da por obvio que la realidad es –y debe ser– la misma para todos y que si existe desacuerdo es porque alguien (habitualmente el otro) no ve o no quiere ver las cosas *como son*. Esta falta de entendimiento del desacuerdo lleva a una peligrosa moralización: es el otro el que no quiere entender, con las consecuencias previsibles de una espiral de confrontación y castigo. Los problemas sociales serían más manejables, según Ichheiser, si aceptáramos la diferencia de posiciones y concepciones del mundo como un hecho propio de la vida social y llegáramos a acuerdos a partir de dicho reconocimiento: podemos convivir perfectamente con personas que nos reconocemos diferentes y que no pretendemos homogeneizarnos, sino simplemente –y no es poco– respetarnos. Como decía nuestro autor, «no hay nada malo en ser diferente» (Ichheiser, 1948, p. 451).

Una derivación de esta consideración de los prejuicios y las diferencias está en el original análisis que Ichheiser hace de la tolerancia y el fanatismo. Frente a lo habitualmente considerado como políticamente correcto, Ichheiser no defiende la tolerancia como valor absoluto. Más bien, defiende la intolerancia: «no debemos y no debemos ser tolerantes, sino, al contrario, debemos ser «intolerantes» con aquello que nos resulta falso o maligno» (Ichheiser, 1969, p. 447; énfasis original). Esta posición viene desde la posición crítica adoptada, que nos hace conscientes de nuestros propios

límites, matizada por una conciencia humilde sobre la posibilidad de equivocarnos. La posición es, por tanto, la de compromiso con nuestras posiciones y apertura a cambiarlas si se demuestran equivocadas. La tolerancia, por el contrario, se convierte, para Ichheiser, en indiferencia, actitud que le resulta inaceptable y que identifica con los tibios, a quienes Dante consideraba entre los peores pecadores que iban a su infierno. La tolerancia, que puede derivar en indiferencia, es la actitud propia de la superficialidad y falta de compromiso. Ichheiser –cuya vida fue todo menos superficial– defiende el compromiso, que puede tomar la forma, incluso, de fanatismo:

Con frecuencia me pregunto si no prefiero tenérmelas que ver con fanáticos «difíciles» que con tolerantes «fáciles», porque en el primer caso al menos estoy seguro de quién es mi amigo y mi enemigo, mientras que en el segundo cualquier pretendido amigo puede de la noche a la mañana volverse, y con frecuencia se vuelve, en mi enemigo. (Ichheiser, 1969, p. 449).

Este texto está publicado al final de su vida y, si hemos de seguir con un ejercicio reflexivo crítico, podemos confrontarlo con el de su editor póstumo, Everett Hughes, quien reconoció que «En cierto modo es un sacrilegio para mí escribir esto, porque soy el amigo al que él, en su modo paranoico, declaró que era su peor enemigo. No pude hacer nada para ayudarlo. Por otra parte, creo que conocí y aprecié su trabajo mejor que nadie» (cit. en Rudmin *et al.*, 1987, p. 169).

El planteamiento de Ichheiser sobre los estereotipos se extiende también al análisis del racismo y el antisemitismo. El punto de partida sigue siendo el mismo: lo peligroso socialmente no es la existencia de diferencias, sino su negación. Lo que caracterizaría al prejuicio y el racismo destructivo sería identificar diferencia con inferioridad (Ichheiser, 1949b). Aun cuando en algún momento reconoce que su análisis debe matizarse, es evidente que la aplicación algo simplificada que hace de sus esquemas le lleva a afirmaciones rotundas y, a mi entender, muy discutibles. Ichheiser insiste en diferenciar procesos perceptivos y construcciones culturales; los primeros son universales e inevitables, los segundos son susceptibles de cambio. Los primeros constituyen el ámbito de los hechos, los segundos de los valores. Su idea general es no negar los hechos e incidir en el cambio de los valores. Que somos diferentes es un hecho, que la diferencia es tratada sociopsicológicamente como estereotipos es un hecho de la naturaleza humana, que la diferencia estereotipada provoca un mecanismo de protección del propio grupo y de rechazo del ajeno es también, para Ichheiser, un hecho de naturaleza psicológica universal. El prejuicio y el racismo son, por tanto, y en este sentido, «naturales». Para Ichheiser los grupos marginados y víctimas del racismo, deben asumir su diferencia, así como tener conciencia de que su propia diferencia genera rechazos. A partir de esa conciencia de lo implícito –procesos universales de

percepción social—, que se hace obvio, es posible incidir en lo que es culturalmente construido. El mismo esquema es aplicado a las relaciones raciales —es el término utilizado por Ichheiser— que a las relaciones internacionales y al antisemitismo.

La propuesta es, indudablemente, original, pero requiere de matizaciones importantes. Conviene, en primer lugar, cuestionar el alcance universal de la categorización social (estereotipia en la terminología de Ichheiser). Si bien es cierto que la percepción social requiere cierto grado de simplificación categorial, también es cierto, como señaló Billig (1985), que es igualmente necesario una cierta personalización; es decir, que el tratamiento funcional de la información requiere tanto la simplificación como la particularización. Por otra parte, parece necesario diferenciar simplificación categorial de estereotipia, que habitualmente se aplica a una simplificación abusiva de la realidad. De igual modo, es necesario diferenciar entre estereotipia y prejuicio; el prejuicio no es una cuestión meramente perceptiva, sino una toma activa de postura y actuación de rechazo. En este sentido, es importante tener en consideración algo obvio: aun cuando en el prejuicio y la agresión hay dos partes implicadas, no hay, sin embargo, simetría: no es lo mismo ser víctima que victimario. Ichheiser fue sumamente original en su planteamiento, al poner de manifiesto que las víctimas no son meros receptores pasivos del rechazo y la violencia, pero —aun cuando él lo reconoce— no son sujetos en posiciones simétricas. Louis Wirth (1949), en el comentario que hace al artículo sobre el racismo (Ichheiser, 1949b)⁶ le señala —adecuadamente, a mi entender— que la diferencia entre hechos perceptivos y valores culturales es muy discutible, ya que hay muchos rasgos físicos diferenciales entre los humanos y, sin embargo, es sobre el color de la piel que se construye el racismo; no parecería, por tanto, que son los hechos o rasgos físicos los que sustentan el prejuicio, ya que otras muchas diferencias físicas no dan lugar a tal rechazo.

LA FUNCIÓN DE LA CIENCIA Y LA PROBLEMATICIDAD DE LO OBVIO

Según Ichheiser (1949a), nada elude nuestra atención de modo más persistente que lo dado por descontado. Lo que percibimos, o lo que dejamos de percibir, en el campo de nuestra experiencia potencial depende del marco de conceptos que tenemos en mente. El saber «obvio» que podemos tener, pero que no incorporamos en nuestras teorías científicas, deja de tener, como antes se ha indicado, sentido científico, cuando se adopta un punto de vista supuestamente objetivo, pero realmente acrítico, donde se desprecia todo lo que se presupone como obvio.

6. El formato de edición del artículo es el de un debate: tras el artículo de Ichheiser (1949b), le hace una crítica Louis Wirth, a la que, a su vez, responde Ichheiser.

En una nota publicada en el *American Psychologist* expone su posición de modo muy preciso:

La crisis social de nuestro tiempo no se restringe al mundo social. Implica también al espejo de ese mundo enfermo, las igualmente enfermas ciencias sociales. Lo que realmente necesitamos –y concuerdo en este punto con la sociología del conocimiento– no es más «investigación» acerca de «hechos», sino una crítica de nuestros presupuestos silenciosos (ocultos), cuya validez es muy dudosa. (Ichheiser, 1948, p. 451; énfasis original)

En opinión de nuestro autor, los psicólogos y sociólogos con frecuencia desprecian los hechos obvios porque no captan sus consecuencias de largo alcance, tendiendo a confundir «experiencia inmediata» y «conocimiento». El conocimiento supone una ‘penetración conceptual’ de dicha experiencia, es decir, una construcción teórica de la realidad. Los hechos que se nos presentan como realidad no hablan por sí mismos, frente a lo que se suele considerar como evidencia científica, no son «meros hechos», como señala Lizcano (2006, p. 78). La penetración conceptual introduce la diferencia, según Ichheiser, entre la ignorancia y el conocimiento, entre saber acrítico y conocimiento científico. Ichheiser señala que el interés por la clarificación conceptual la planteó ya en sus primeros trabajos en Austria (Ichheiser, 1934), cuando empezó a trabajar en la psicología del éxito y los distintos significados que éste tenía para los niños y niñas vieneses de la época (Ichheiser, 1970).

El objetivo del científico que adopta un punto de vista fenomenológico privilegiado, según Ichheiser, la observación frente a la pseudo-verificación, propia del enfoque positivista. Rudmin *et al.* (1987) consideran que Ichheiser anticipa el concepto de *teoría generativa* de Gergen (1978, 1982), quien manifestaba: «La teoría generativa cuestiona los presupuestos que sirven de guía en una cultura, plantea preguntas básicas sobre la vida social, alienta la reconsideración de lo que es ‘dado por descontado’, proveyendo así de alternativas frescas para la acción social» (Gergen 1982, p.261).

La posición fenomenológica pretende superar algunos prejuicios que, como presupuestos o malentendidos dados por descontado, caracterizan la psicología social y de la personalidad tradicional. Entre ellos se encuentran a) la rigidez del ideal científico de exactitud, que hace que la investigación se oriente predominantemente hacia aquellos procesos y datos que son susceptibles de cuantificación, b) el hacer acríticamente propios ciertos presupuestos propios de la ideología dominante, lo que lleva a plantearse cierto tipo de preguntas y no otras, y c) la ignorancia de ciertos hechos y problemas por el hecho de ser obvios.

La adopción acrítica de lo que son considerados como «problemas sociales», por ejemplo, hace que las instituciones científicas dediquen su esfuerzo a una realidad

que se les presenta problemática como consecuencia de la construcción social que han realizado, por ejemplo, los medios hegemónicos de comunicación o las distintas fundaciones que financian la investigación, vinculadas con frecuencia a intereses políticos y económicos.⁷

La crítica epistemológica de Ichheiser a la psicología social hegemónica fue objeto de alguna contestación y debate. En concreto, Richard T. LaPiere, psicólogo conocido por un famoso estudio sobre la (escasa) relación entre actitudes y comportamientos (LaPiere, 1934), escribió una reseña del texto de Ichheiser (1949a) sobre los malentendidos en la percepción social donde criticó, de modo muy radical, la epistemología que Ichheiser defiende (LaPiere, 1950). Considera que Ichheiser es quien malentendiendo la función de la ciencia y que su posición es metafísica más que científica. La pretendida originalidad del texto de Ichheiser no sería tal, ya que los psicólogos sociales venían trabajando con los hechos obvios y cotidianos y los malentendidos que se dan en la cotidianidad, tal como ponen de manifiesto los estudios sobre estereotipos y prejuicios o la diferencia entre actitudes y comportamiento efectivo. Considera que distinguir entre términos tales como «subjetivo» y «objetivo», «encubierto» y «abierto» o «explícito» e «implícito» no supone ninguna novedad y, de modo un tanto ofensivo, llega a decir que Ichheiser manifiesta «una ignorancia imperdonable de la psicología social» (LaPiere, 1950, p. 489). En realidad, lo que más parece molestar a LaPiere es la casi total ausencia de referencias a otros autores: «que se traten conceptos estudiados desde hace muchos años como nuevos descubrimientos y sin referencia a todo lo que se ha hecho antes es casi increíble» (LaPiere, 1950, p. 490).⁸

Ichheiser (1950b) contesta en un breve párrafo, como contrarréplica y que, por su interés cito textualmente:

[El profesor LaPiere considera que lo que digo en mi ensayo] es, a la vez, obvio y falso. Este dual logro mío, estoy seguro que admitirá el profesor LaPiere, es un signo de mi gran y casi única originalidad, ya que lo que todos los otros psicólogos sociales están diciendo es siempre obvio o falso, pero nunca las dos cosas a la vez. (Ichheiser 1950b, p. 490).

Esa es una de las claves del pensamiento de Ichheiser: la negación de la identificación de la verdad con la obviedad y —aunque no sea el único— no es ciertamente

7. Esta es una idea muy bien tratada por Hacking (2001) en un texto titulado ¿La construcción social de qué?

8. El disciplinamiento que supuso para Ichheiser el internamiento psiquiátrico parece que le hizo modificar algo su estilo y en el texto póstumo de 1970 hay algunas referencias más a otros autores.

lo común en la psicología social al uso. La asunción de presupuestos implícitos por parte de la psicología científica, no cuestionados epistemológicamente y dados por obvios, supone una coincidencia entre los presupuestos de la psicología hegemónica y la ideología dominante. Esto ocurre, por ejemplo, cuando el psicólogo reproduce, de un «modo sofisticado» (Ichheiser, 1970, p. 88), el individualismo socialmente hegemónico, que tiende a concebir al individuo separado de su medio social.

LA IDEOLOGÍA COTIDIANA

La originalidad de Ichheiser estriba, en gran medida, en que lo que para la psicología social hegemónica eran –y siguen siendo– procesos psicológicos ahistóricos, propios de la estructura humana universal, son entendidos como estructuras ideológicas. La tendencia a sobreestimar los factores personales en los procesos de atribución, que Heider (1958) apuntaría posteriormente y sería formalizado por Ross (1977) como sesgo fundamental de la atribución, era para Ichheiser expresión de la ideología dominante que se traducía, entre otras cosas, en la culpabilización de ciertas personas en situación de desventaja social, tal como el desempleo. Esta explicación ha sido posteriormente mantenida, como desarrollo sociológico de la teoría de la atribución, pero las referencias a Ichheiser son prácticamente nulas: la crítica de LaPiere podría invertirse y decir que (algunos) psicólogos sociales demuestran una gran ignorancia de lo realizado en el campo.

El análisis socio-fenomenológico sobre la obviedad lo traslada al estudio de la ideología como estructura cotidiana de producción de sentido (en un sentido muy cercano al de Mannheim, con quien estuvo relacionado). El estudio de la dinámica de la obviedad y su determinación social le lleva a la diferenciación entre ideología en teoría e ideología en la práctica. Esta es una distinción diferente a la clásica discrepancia entre actitudes y conducta. Como es sabido, el problema que se plantea en el estudio de las actitudes tiene que ver con la capacidad de predicción del comportamiento a partir de las actitudes declaradas. En el clásico estudio de LaPiere (1934), ya citado, se observó que algunos hosteleros que se habían declarado racistas en una encuesta, lo eran menos a la hora de acoger a personas del grupo étnico estigmatizado. El estudio de la predicción del comportamiento a partir de las declaraciones previas de actitud constituye, como es sabido, uno de los campos de la psicología social en que más investigación se ha realizado (el trabajo de Fishbein and Ajzen (1975) es un texto clásico y de referencia en este tema).

La diferencia entre los estudios actitudinales y el enfoque de Ichheiser estriba en que mientras el concepto de actitud es psicológico e individual, el de ideología es sociológico. Ichheiser considera que la ideología en teoría es aquella que es posible mantener en situaciones de relativa estabilidad social, mientras que la ideología en la

práctica es la que se pone en juego en situaciones de tensión, donde el posicionamiento ideológico sí juega un papel importante en la definición del conflicto social. Ichheiser (1949a) pone como ejemplo de la primera la ideología socialdemócrata, pacifista y tolerante, y de la segunda, el nacionalismo, donde se hace prioritaria la pertenencia grupal. Esta distinción la extrajo de su propia experiencia de lo que había pasado en Europa en los prolegómenos de la 2ª Guerra Mundial.⁹ Esta distinción puede ser muy útil para diversos análisis actuales (resurgimiento del racismo en medios tradicionalmente de izquierdas, por ejemplo) sin tener que moralizar el análisis, remitiéndolo a hipocresía o egoísmo personal.

La ideología cotidiana, entendida como modo habitual de percibir el mundo, se caracteriza por no problematizar aquello que, por su propia caracterización como obvio, escapa de modo sistemático a cualquier cuestionamiento. Esto hace que aparezca un proceso psicosocial muy importante que es la ceguera social y la impermeabilidad a la experiencia.

La ceguera social consiste en la carencia de conciencia de la diferencia de perspectivas y en la diferente configuración de lo que, desde ellas, aparece como obvio y visible. Supone una extensión sociopolítica de su análisis de la percepción social. Según Ichheiser, cuando percibimos el comportamiento de otras personas no solemos captar los factores sociales e invisibles que controlan su conducta, tales como oportunidades, barreras sociales o relaciones de dependencia. Estos factores pueden hacer que su comportamiento sea razonable en su situación, tal como ellos lo viven, aunque nuestra incapacidad para percibir los factores determinantes, nuestra ceguera social, haga que «malinterpretemos (y habitualmente denunciemos) su conducta como no razonable, anormal o agresiva» (Ichheiser 1970, p. 84). Esta ceguera a los determinantes sociales del comportamiento es, para Ichheiser, uno de los causantes de la crisis de su tiempo –y, podríamos decir también, del nuestro–: «La completa, trágica ceguera de los privilegiados en relación a la situación vital de los desfavorecidos es el resultado de esta forma de no ver los factores invisibles en la situación de los otros» (*ibid.*, p. 84). Es por esto que va a hablar de campos de concentración invisibles (Ichheiser, 1944a), situaciones de opresión que –a diferencia de los campos de concentración físicos– no son percibidos como situaciones de injusticia insoportable. Esta caracterización de la opresión –habitual en el sistema de explotación capitalista– como campo de concentración era una auténtica provocación en la sociedad americana y en la comunidad judía, máxime cuando el propio Ichheiser era miembro de la misma y víctima de la persecución nazi.

9. Y sería aplicable con más fundamento aún a los momentos previos de la 1ª gran guerra, cuando en muy pocos días –cristalizados por el asesinato de Jean Jaurés– muchos internacionalistas, dispuestos a paralizar la guerra con una huelga coordinada en toda Europa, se volvieron ardorosos nacionalistas y justificaron la guerra.

La otra cara de la ceguera social es la impermeabilidad a la experiencia, proceso sociocognitivo según el cual, ocurra lo que ocurra, todo confirma nuestras creencias y convicciones. Aquello que no corresponda con lo que consideramos obvio –por ejemplo, que nosotros no tenemos prejuicios– es explicado de modo que encaje con lo que consideramos evidente. Ichheiser considera que un modo frecuente de resolver este dilema es mediante la moralización: si algo no concuerda con lo que consideramos correcto y previsible es porque alguien (individuo o grupo) no actúa correctamente. Esta explicación es similar a la que Uli Windisch (1982, 1985) dará posteriormente para explicar algunos procesos psicopolíticos, en donde se ponen en juego lo que llama lógicas en uso y que no siempre corresponden con la lógica formal.

LA IDEOLOGÍA DEL ÉXITO

Uno de los temas que más interesaron a Ichheiser, ya desde su primera etapa en Viena (Ichheiser, 1930) es la psicopsicología del éxito.¹⁰ En la exposición que hace en su publicación póstuma (Ichheiser, 1970) la primera cuestión que se plantea es la ambigüedad del concepto de éxito, dado que implica una evaluación de lo que son habilidades personales:

A primera vista el concepto de capacidad [abilities] parece un concepto neutro, lejano a toda distorsión y malinterpretación. Sin embargo, si examinamos con un poco de profundidad se hace evidente que este concepto contiene una peculiar ambigüedad que es síntoma de una confusión subyacente respecto al papel y función de las situaciones sociales en la motivación de la conducta humana. (Ichheiser, 1970, p. 85).

Esta ambigüedad es consecuencia de la construcción social de lo que son consideradas propiedades personales y la adscripción de responsabilidad que se deriva de ello. Ichheiser analiza con cierto detalle la atribución de responsabilidad por el desempleo, situación que caracteriza como un «océano invisible» en el que los individuos se van hundiendo, refiriendo una experiencia personal, en la que vuelve a hacer referencia a un concepto que él usó para dar cuenta de su propia situación, el de dilema fáctico y moral:

10. En su texto póstumo Ichheiser manifiesta su permanente interés por el tema, interrumpido como consecuencia de «ciertas circunstancias personales» (Ichheiser 1970, p.169), es decir, de su internamiento psiquiátrico, del que promete hablar en un «extraño a la vez que auténtico documento autobiográfico» (*ibid.*, p. 169), desgraciadamente desconocido (al menos para quien escribe).

Podría ser de interés mencionar que estos perturbadores problemas los discutí con una bien conocida psicóloga americana, poco después de mi llegada a este país y me sorprendió encontrar en ella una total comprensión y receptividad. Unos años más tarde, esta psicóloga se suicidó. Posiblemente comprendió demasiado bien los dilemas fácticos y morales de nuestro tiempo. (Ichheiser, 1970, p. 86)

La interpretación culpabilizante por la situación de desempleo es debida al predominio de un presupuesto ideológico, que funciona psicológicamente como un presupuesto silencioso: «esta ideología estaba basada, obviamente, en el presupuesto implícito de que es el individuo y sus características intrínsecas de personalidad las que conforman su destino en su mundo social.» (Ichheiser, 1970, p. 87).

La sociedad moderna, al menos desde las revoluciones francesa y americana, se basa, según Ichheiser, en lo que denomina ideología del éxito, en el sentido de que las actitudes, reacciones emocionales y evaluaciones de los individuos se focalizan sobre el éxito (y el fracaso) de los mismos. Esta ideología se caracteriza por la existencia de normas sociales sobre el éxito, caracterizadas por la idea de que el éxito corresponde a aquellas personas que son competentes y valiosas. Ser competente es poseer las características que permiten hacer contribuciones valiosas en diferentes ámbitos. Ichheiser considera que la valía o el mérito es un concepto más ambiguo, y que en la vida cotidiana implica «tales características como bondad, amabilidad, consideración de los demás, fiabilidad, saber hacer; en otras palabras, virtudes altruistas» (Ichheiser, 1970, p. 107).¹¹ La discrepancia entre las normas de éxito y las condiciones de éxito constituyen un indicador del grado de desorganización moral de una sociedad, concepto éste muy interesante y de total actualidad.

Como una derivación de la ideología del éxito, Ichheiser (1949a) considera que existe una ideología de la felicidad, ya que, de acuerdo con la cultura hegemónica en la modernidad, la felicidad es consecuencia del éxito y éste, como hemos visto, se considera consecuencia de la capacidad y honestidad de la persona. De esto se deriva la sospecha sobre quienes no se muestran felices. Ichheiser plantea, muy agudamente, que esta exigencia de mostrarse feliz es especialmente intensa para los grupos oprimidos, por ejemplo, el negro feliz del cine americano de la época.

La propia vida de Ichheiser puede, en cierto modo, considerarse –tal como se señaló al hablar de su biografía– como un fracaso. Según la ideología del éxito

11. La ambigüedad se hace doblemente evidente cuando se intentan traducir términos de corte moral como *worthiness*, *kindness* o *helpfulness*. Las normas de evaluación se constituyen lingüísticamente y se conforman de distinto modo en diferentes ámbitos lingüísticos y culturales. Sobre el origen del altruismo en la época victoriana y su relación con el positivismo de Comte, véase Dixon (2008).

–y la opinión de algunos de sus colegas (Marie Jahoda, por ejemplo)– este fracaso fue debido a características personales, a la ausencia de –diríase hoy– habilidades sociales. El propio Ichheiser, sin embargo, consciente de la determinación social de su situación, caracterizó la misma como neurosis política. Este concepto de neurosis política creo que nos resulta muy productivo en la actualidad. La situación de crisis generalizada de un sistema de garantías y derechos sociales hace quiebra en ciudadanos concretos, a quienes se somete a una situación dilemática y paradójica (Crespo y Serrano 2013). Estaríamos viviendo una situación de violencia invisible –según diría Ichheiser–, la violencia institucionalizada y naturalizada de hacer recaer sobre los ciudadanos –generalmente, los ciudadanos más débiles económicamente, el coste de las aventuras del nuevo capitalismo, lanzado a la acumulación por medio de la pura especulación financiera–. El riesgo y el coste de tal empresa se hacen recaer con toda naturalidad sobre los ciudadanos a quienes se nos pretende hacer creer que la crisis es fruto de nuestros errores y cuya solución pasa por nuestro sufrimiento. La ideología del éxito se presenta hoy en día como ideología del emprendimiento, según la cual el éxito laboral es una cuestión fundamentalmente de actitudes y motivaciones personales.

CONCLUSIONES

No cabe duda de que Gustav Ichheiser es un autor poco conocido y con escaso impacto, máxime si se le juzga con los criterios actualmente imperantes de éxito académico. Jahoda (1983) da su opinión sobre el valor de la obra de Ichheiser, que caracteriza como excepcional y reconoce que no ha tenido una influencia clara en las ciencias sociales ni en Viena ni en Estados Unidos, a pesar de ser citado por Heider o Goffman. Es muy interesante la explicación que da de su escaso éxito académico:

Entre los diversos factores posibles [que explican el escaso éxito de Ichheiser], tres me parecen relevantes: 1) Las ideas de Ichheiser revelan un profundo pesimismo acerca de la condición humana en el siglo xx, lo que estaba en contraste radical con nuestra opinión en aquel momento. 2) Aunque era sensible a la experiencia empírica, se abstenía de utilizarla en sus publicaciones; la monografía [Ichheiser, 1949a], por ejemplo, no contiene referencias de naturaleza empírica a sus preocupaciones previas sobre la idea de éxito. En el momento en que Ichheiser pensaba sobre el éxito y desechaba los datos, el círculo en torno a Lazarsfeld estaba fascinado con la búsqueda de evidencia empírica. 3) Ichheiser era, por preferencia personal, una persona ajena a todo tipo de círculos y grupos. Este es un ejemplo más que documenta cómo la difusión de las ideas depende de algo más que de su calidad. (Jahoda 1983, p. 344)

Sin embargo, es un autor importante y, me atrevería a decir, imprescindible. Ichheiser hizo en la psicología social algo parecido a lo que Walter Benjamin proponía para la historia: pasar el cepillo a contrapelo. Ichheiser parte de un cuestionamiento de lo obvio, de lo que nadie se cuestiona. La crítica de la obviedad la convierte no sólo en objeto de estudio, sino en posición epistemológica. Esta posición, que toma su fundamento en una sociología fenomenológica, nos abre interesantes cuestiones, algunas de las cuales fueron posteriormente tratadas por autores que han tenido mayor eco y reconocimiento, tales como Fritz Heider, Alfred Schutz o Erving Goffman.

La originalidad e interés actual de Ichheiser estriba, en gran medida, en haber planteado como problemas ideológicos lo que habitualmente es tratado en términos psicológicos de procesamiento de información. El énfasis en la diferencia y en la necesidad de su reconocimiento es otro de los aportes importantes de Ichheiser. El conflicto interpersonal, intergrupales e internacional –a todos estos niveles aplicó su análisis– no tiene por qué resolverse mediante la convergencia y el acuerdo. La diferencia y el conflicto forman parte de la naturaleza de la vida social. Los problemas se complican y se hacen difícilmente resolubles cuando se moraliza la diferencia, dando pie a la justificación del rechazo y a la legitimación de la agresión. El problema principal de la vida social no es la falta de entendimiento, lo que es natural, dada la diversidad de situaciones y culturas; el problema es no entender que no nos entendemos, intentando imponer una percepción del mundo que se nos presenta como obvia, según la cual todo el que vea la misma realidad sin prejuicios debería llegar a la misma conclusión. En definitiva, como dijo el propio Ichheiser, no hay nada malo en ser diferentes.

REFERENCIAS

- Bajtín, M. M. (1976). *Freudianism: A Marxist critique*. Nueva York: Academic Press.
- Bajtín, M.M. (1993). Más allá de lo social. Ensayo sobre la teoría freudiana. En A. Silvestri y G. Blanck (eds.) *Bajtín y Vigotski: la organización semiótica de la conciencia*. pp. 173-216. Barcelona Anthropos.
- Bayer, B.M.; Strickland, L.H. (1990). Gustav Ichheiser on sociopsychological misperception in international relations. *Political Psychology*, 11 (4), 699-719.
- Billig, M. (1985). Prejudice, categorization and particularization: from a perceptual to a rhetorical approach. *European Journal of Social Psychology*, 15, 79-103.
- Cooley, C. H. (1926). The roots of social knowledge. *American Journal of Sociology* 32, 57-79.
- Crespo, E.; Freire, J. C. (2014). La atribución de responsabilidad: De la cognición al sujeto. *Psicología & Sociedade*, 26(2): 271-279.
- Crespo, E.; Serrano, A. (2013). Las paradojas de las políticas de empleo europeas: de la justicia a la terapia. *Universitas Psychologica*. 12 (4), 117-130.

- Dixon, T. (2008). *The Invention of Altruism. Making Moral Meanings in Victorian Britain*. Oxford: Oxford University Press.
- Fishbein, M.; Ajzen, I. (1975). *Belief, attitude, intention and behavior. An Introduction to Theory and Research*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley.
- Gergen, K.J. (1978). Toward generative theory *Journal of Personality and Social Psychology*, 36, 1344-1360.
- Gergen, K. J. (1982). Toward intellectual audacity in social psychology. En R.Gilmour y S. Duck (Eds.), *The Development of Social Psychology*, pp.239-270. Londres: Academic Press.
- Goffman, E. (1971) *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu. (edic. orig. 1959).
- Hacking, I. (2001) ¿La construcción social de qué? Barcelona: Paidós (ed. original, 1999).
- Heider (1958). *The Psychology of Interpersonal Relations*. Nueva York: Wiley.
- Ichheiser, G. (1930). *Kritik des Erfolges*. Leipzig: CL Hirschfeld.
- Ichheiser, G. (1934). Zur Psychologie des Nicht Koennens. *Archiv für die gesamte Psychologie*, 92, 258-263.
- Ichheiser, G. (1940). The image of the other man, a study in Social Psychology. *Sociometry*, 3(3), 277-291.
- Ichheiser, G. (1942). Jews in a gentile world: the problem of antisemitism by Isaque Graeber. *American Journal of Sociology*, 48 (1), 129-132.
- Ichheiser, G. (1943a). Ideology of success and the dilemma of education. *Ethics*, 53 (2), 137-141.
- Ichheiser, G. (1943b). Structure and dynamics of interpersonal relations. *American Sociological Review*, 8 (3), 302-305.
- Ichheiser, G. *Archiv für die gesamte Psychologie* (1943c). Essays on anti-semitism by Koppel S. Pinson *American Journal of Sociology*, 48 (6), 775-776.
- Ichheiser, G. (1943d). American words and ways: especially for German Americans, by John White. *American Journal of Sociology*, 49 (3), 282.
- Ichheiser, G. (1944a). Fear of violence and fear of fraud. *Sociometry*, 7, 376-383.
- Ichheiser, G. (1944b). Language and thought in schizophrenia: collected papers by J.S. Kasanin. *American Journal of Sociology*, 50 (2), 170.
- Ichheiser, G. (1946a). The jews and antisemitism. *Sociometry*, 9 (1), 92-108.
- Ichheiser, G. (1946b). Language and myth by Ernst Cassirer. *American Journal of Sociology*, 52 (2), 161-162.
- Ichheiser, G. (1948). Are our silent presuppositions about prejudices correct? *American Psychologist*, 3(10), 451.
- Ichheiser, G. (1949a). *Misunderstandings in human relations. A study in false social perception*. *The American Journal of Sociology*, 55(2).

- Ichheiser, G. (1949b). Sociopsychological and cultural factors in race relations. *American Journal of sociology*, 54(5), 395-401.
- Ichheiser, G. (1949c). Antisemitism and Jew by Jean Paul Sartre. *American Journal of Sociology*, 55 (1), 110-112.
- Ichheiser, G. (1950a). Frustration and aggression or frustration and defense: a counter-hypothesis. *The Journal of General Psychology*, 43, 125-129.
- Ichheiser, G. (1950b). Letter to the Editor: Rejoinder. *American Journal of Sociology*, 55 (5) 490.
- Ichheiser, G. (1951). Misunderstandings in international relations. *American Sociological Review*, 16 (3), 311-316.
- Ichheiser, G. (1960). On Freud's blind spots concerning some obvious facts. *Journal of Individual Psychology*, 6, 45-55.
- Ichheiser, G. (1966) Social perception and moral judgment. *Philosophy and Phenomenological Research*, 26 (4), 546-560.
- Ichheiser, G. (1969). On «tolerance» and «fanaticism»: a dilemma. *Philosophy and Phenomenological Research*, 29 (3), 446-450.
- Ichheiser, G. (1970). *Appearances and realities: Misunderstandings in human relations*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Jahoda, M. (1983). The emergence of social psychology in Vienna: An exercise in long-term memory. *British Journal of Social Psychology*, 22, 343-349.
- Klee, P. (1919). *Schöpferische Konfession*. p. 28 Berlin: Erich Reiss Verlag.
- LaPiere, R. T. (1934). Attitudes vs. actions. *Social forces*, 13(2), 230-237.
- LaPiere, R.T. (1950). Letter to the Editor. Ichheiser's misunderstandings in human relations. *American Journal of Sociology*, 55 (5) 488-490.
- Lazarsfeld, P., Jahoda, M. y Zeisel, H. (1996). *Los parados de Marienthal: sociografía de una comunidad golpeada por el desempleo*. Madrid: La Piqueta [edic. original: 1933].
- Lizcano, E. (2006). *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Mead, G.H. (1934). *Mind, Self and Society*, Chicago: University of Chicago Press.
- Morgenthau, H. (1970). Review of Appearances and Realities. *New Lead*, 53, 13.
- Nielsen, D.A. (1971). Appearances and realities: misunderstandings in human relations by Gustav Ichheiser. *American Sociological Review* 36 (5), 904-905.
- Parales-Quenza, C.J. (2010). El error fundamental en psicología: reflexiones en torno a las contribuciones de Gustav Ichheiser. *Revista Colombiana de Psicología* 19 (2), 161-175.
- Ricoeur, P. (1981). *El discurso de la acción*. Madrid: Cátedra [edic. orig. 1977].
- Ross, L. (1977). The intuitive psychologist and his shortcomings: Distortions in the attribution process. En L. Berkowitz (Ed.) *Advances in experimental social psychology* (vol 10) New York: Academic Press.

- Rudmin, F., Trimpop, R.M., Kryl, H.P.; Boski, P. (1987). Gustav Ichheiser in the history of social psychology: an early phenomenology of social attribution. *British Journal of Social Psychology*, 26, 165-180.
- Schutz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós. [edic. orig. alemana 1932].
- Schutz, A. (2003). El forastero. Ensayo de Psicología Social. En A. Schutz (comp.) *Ensayos sobre teoría social. Escritos II*. Buenos Aires: Amorrortu [edic. orig. 1964].
- Schwartz, B. (1973). Appearances and realities by Gustav Ichheiser. *American Journal of Sociology*, 78 (5) 1281-1284.
- Tajfel, H. (1969). Cognitive aspects of prejudice. *Journal of Social Issues*, 25 (4), 79-97.
- Tajfel, H. (1975). La categorización social. En S. Moscovici (ed.) *Introducción a la Psicología Social*. (pp.349-387) Barcelona: Planeta. [edic. orig. francés 1975].
- Tajfel, H. (1978). *Differentiation between Social Groups. Studies in the social psychology of intergroups relations*. Londres: Academic Press.
- Velho, G. (2008). Goffman, mal-entendidos e riscos interacionais. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 23 (68), 145-148.
- Velho, G. (2005). O futuro das ciências sociais e a importância de seu passado. *Sociologia. Problemas e práticas* 48, 11-18.
- Weisskopf-Joelson, E. (1988). *Father, have I kept my promise? Madness as seen from within*. West Lafayette, Indiana: Purdue University Press.
- Windisch, U. (1982). *Pensée sociale, langage en usage et logiques autres*. Lausanne: Editions L'Age d'Homme.
- Windisch, U. (1985). *Speech and reasoning in everyday life*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Wirth, L (1949). Comment *American Journal of Sociology* 54 (5), 399-400.

Artículo recibido: 09-02-15

Artículo aceptado: 31-03-15